

# La transición demográfica argentina, una perspectiva de largo plazo.<sup>1</sup>

Hernán Otero<sup>2</sup>

## Resumen

El trabajo analiza la transición demográfica argentina en el largo plazo, desde el período pretransicional hasta el escenario planteado por las proyecciones de población disponibles. Además de los tópicos clásicos de este área del conocimiento demográfico, el trabajo se desarrolla en torno a \*\*\* ejes básicos de indagación: a) la descripción de las peculiaridades del caso argentino (momento de arranque, perfiles de la transición e impacto de la transición migratoria); b) el análisis de las heterogeneidades sociales y espaciales del proceso; c) la reflexión sobre los factores explicativos (demográficos, económicos, ideacionales y político-institucionales) intervinientes en la baja de la mortalidad y de la fecundidad; d) la comparación del caso argentino con los perfiles transicionales de los países de la región; y e) los interrogantes sobre el futuro de la transición. El trabajo se basa en series temporales de registros vitales y en el análisis exhaustivo de la producción existente sobre el caso argentino.

## 1. Las peculiaridades del caso argentino

La transición demográfica, consistente en el paso de un régimen tradicional de alta mortalidad y de alta natalidad a un régimen moderno de bajos valores en ambas tasas, constituye el proceso más decisivo de la historia de la población de una región. Según la esquematización canónica de la teoría, la población atraviesa secuencialmente cuatro fases claramente diferenciadas: 1) la etapa pretransicional o “alta estacionaria”, caracterizada por altos niveles de mortalidad y natalidad que determinan un bajo nivel de crecimiento vegetativo actual pero un alto potencial de crecimiento; 2) una etapa en la que la mortalidad comienza a descender mientras que la natalidad permanece en niveles altos (“expansión inicial”), produciendo un elevado crecimiento natural, conocido también como “boom” o “explosión” demográfica; 3) una fase de “expansión tardía” durante la cual la baja de la natalidad se suma a la baja precedente de la mortalidad, amortiguando de tal suerte el crecimiento demográfico; y 4) una fase postransicional o “baja estacionaria” en la que ambas tasas pasan a ser bajas determinando un escaso crecimiento vegetativo actual y también un bajo potencial de crecimiento futuro. A este esquema puede agregarse una quinta fase –en curso en los países desarrollados- que, iniciada con la llamada “segunda transición” (van de Kaa, 1987) consiste en la caída de la fecundidad por debajo del nivel de reemplazo. Ello implica, según los casos, niveles de crecimiento vegetativo extremadamente bajos, la igualdad de la natalidad y la mortalidad (crecimiento cero) o, cuando la primera es menor que la segunda, crecimiento negativo.<sup>3</sup> Enmarcada entre las situaciones de homeostasis de la pre y la postransición, la transición propiamente dicha (fases dos y tres) constituye un punto de reflexión obligado para demógrafos e historiadores de la población, tanto por sus efectos sobre el crecimiento demográfico y las estructuras de edades como por la extraordinaria variedad de factores intervinientes.

---

<sup>1</sup> Trabajo presentado en el *IV Congreso de la Asociación Latinoamericana de Población, Condiciones y transformaciones culturales, factores económicos y tendencias demográficas en Latinoamérica*, La Habana, Cuba, 16 al 19 de noviembre de 2010.

<sup>2</sup> Instituto de Estudios Históricos y Sociales (IEHS-UNCPBA); CONICET, Argentina. Correo electrónico: hernan.otero@speedy.com.ar

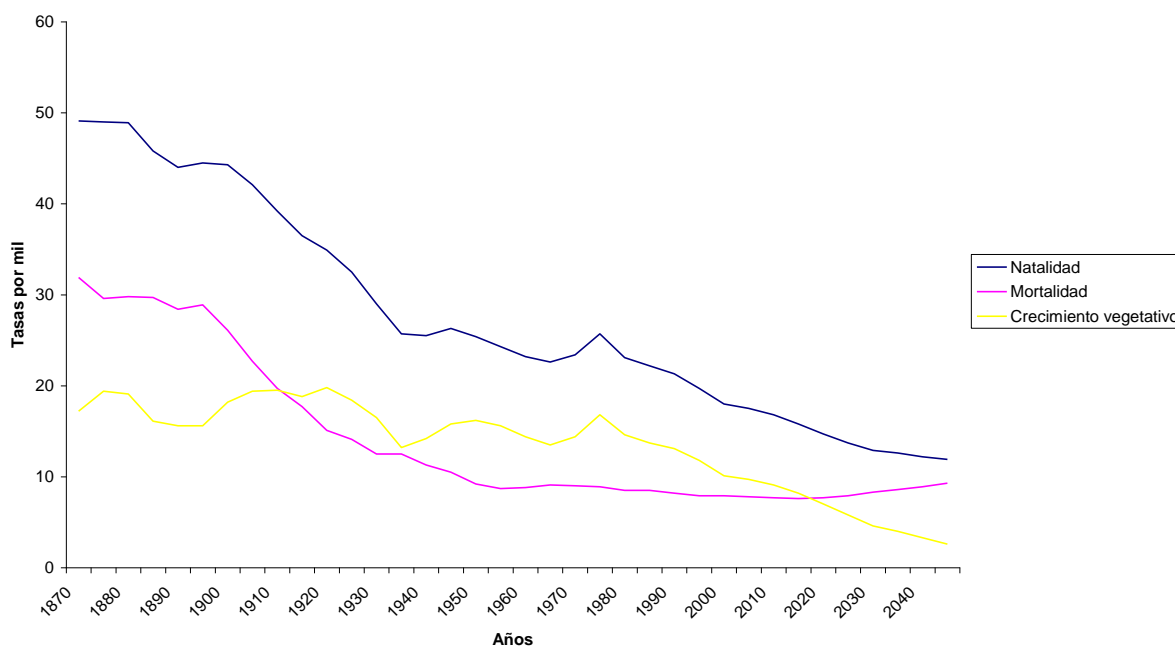
<sup>3</sup> El término “segunda transición” no es del todo apropiado ya que, como señala Reher (2004: 33), se trata en rigor de una nueva etapa del proceso general de la transición. Para estados de la cuestión actualizados de los principales debates y problemas de la teoría de la transición, cfr. Chesnais (1986); Kirk (1998-1999), Cleland (2001), y Reher (2004).

Las características y el *timing* de la transición argentina son conocidos gracias a los trabajos que han analizado la evolución de sus dos parámetros intervinientes, si bien se dispone de mayor investigación sobre la natalidad y la fecundidad que sobre la mortalidad, rasgo común a otros contextos que ha llevado a Chesnais (1986) a afirmar que la teoría de la transición es, sobre todo, una teoría sobre la natalidad.

En lo que respecta a la cronología, y a pesar de los problemas de cobertura de los registros vitales cuanto menos hasta la primera década del siglo XX, la evidencia disponible sugiere que la mortalidad y la natalidad comenzaron a bajar conjuntamente durante la década de 1870, es decir desde el momento en que existen series temporales sobre ambos parámetros (Gráfico 1), e iniciaron un proceso plurisecular e irreversible de disminución, no exento de algunos retrocesos o estancamientos en momentos puntuales de su derrotero. La baja de ambas tasas fue más rápida entre 1870 y 1930, para continuar a partir de esa fecha su tendencia declinante aunque con un ritmo más pausado. Para los años 30 del siglo XX, la tasa de la natalidad descendió por debajo del umbral del 30 por mil, considerado habitualmente como un indicador inequívoco de que la población practica la limitación voluntaria de los nacimientos de manera generalizada y eficaz (Massé, 2001: 52).

### **Gráfico 1:**

**La transición demográfica argentina, 1870-2050.**



Fuente: elaboración propia en base a Chesnais (1986: 51, 539), para el período 1870-1949; y Celade (2007: 54-55) para el período posterior a 1950.

La fecundidad, por su parte, se elevó entre el primer y el segundo censos nacionales de 1869 y 1895 respectivamente. Para esta segunda fecha, los diferenciales urbano-rurales, entre regiones y entre grupos étnicos sugieren ya formas de control, cuya incidencia se hará más

evidente en el período intercensal 1895-1914 y, con mayor espectacularidad durante el intervalo siguiente (1914-1947). A partir de entonces la tasa global de fecundidad continuó bajando a un ritmo más lento (Pantelides, 1983; 1997). Esta evolución de largo plazo no debe hacer olvidar que la fecundidad tuvo repuntes significativos entre 1945 y 1955 -el conocido “baby boom” de la posguerra- y hacia 1970-1980, como lo han mostrado Torrado (1993, 2003) y Pantelides (1989), respectivamente. La mortalidad, por su parte, descendió más rápidamente entre el cambio de siglo y la crisis de 1930 y continuó bajando desde entonces a un ritmo más moderado.

La evolución reseñada permite distinguir cuatro especificidades del caso argentino, que expondremos en orden de importancia creciente. La primera característica saliente del caso argentino son los *altos niveles pretransicionales* de la natalidad y de la mortalidad (superiores al 45 y al 30 por mil respectivamente) en comparación con los niveles existentes en el antiguo régimen europeo, aunque esta especificidad –compartida con el resto de los países americanos- reviste menor interés a los fines del presente estudio.

La segunda característica distintiva del caso argentino es su *carácter pionero*<sup>4</sup> en el inicio del proceso transicional, tanto en el contexto latinoamericano en el que la transición de la fecundidad tomó un impulso decisivo recién a partir de la década de 1960, como –hecho sin duda más significativo- en el contexto internacional. Argentina, Uruguay y Cuba fueron, en efecto, los únicos tres casos latinoamericanos que pueden incluirse en la categoría de *forerunners* compuesta por aquellos países que comenzaron la transición de su fecundidad antes de 1935 y en los que, a diferencia de los *latecomers*, la baja de la fecundidad fue rápida o simultánea en relación con la caída de la mortalidad. La baja de la fecundidad en el caso argentino es evidente a partir de 1910, momento particularmente temprano incluso dentro de esta categoría, sólo superada, en el continente americano, por Uruguay donde la baja comenzó a partir de 1890 (Reher, 2004).<sup>5</sup> Por ello, la situación de la transición argentina ha sido caracterizada como “plena” hacia 1950-1955, momento en que su tasa de crecimiento natural era del 1.6%) y “avanzada” a partir de 1985 (1%) (CELADE, 2007: 12).

Dado el carácter pionero de su transición, la baja de la fecundidad en la Argentina fue completada muy tempranamente (lo esencial de ese proceso tuvo lugar antes de 1947) y mediante métodos tradicionales de control (*coitus interruptus* y aborto), a diferencia de los países *latecomers* que dispusieron de los métodos modernos (píldora anticonceptiva, DIU, etc.) de la “segunda revolución contraceptiva”, lo que prueba que el estudio de las motivaciones por la reducción de la fecundidad constituye un aspecto de indagación central.

La tercera atipicidad consistió, como ha sido dicho, en la baja simultánea de la natalidad y de la mortalidad, y en el consecuente *paralelismo* que describen la evolución de ambas tasas, lo que alejaría en principio al caso argentino del modelo clásico europeo. Fruto de este paralelismo, no se asiste en la Argentina a la fase de explosión demográfica (fase 2) que caracteriza al momento inicial de la transición. El paralelismo observado ha llevado a Alejandra Pantelides (1982, a) a caracterizar la transición argentina como un “modelo no ortodoxo”, calificación que aunque válida puede ser matizada. En efecto, vista en un marco comparativo más amplio, la transición demográfica argentina puede ser ubicada dentro de un subtipo especial de transición: la de los “países de inmigración de poblamiento europeo” que,

---

<sup>4</sup> Preferimos este término al habitual de “precocidad” que sugiere –erróneamente- una suerte de anomalía.

<sup>5</sup> Los *forerunners* incluyen 24 países, seis de ellos en el continente americano (Canadá, Estados Unidos, Jamaica, Cuba, Uruguay y Argentina).

juntamente con la transición de los “países europeos y el Japón” y la de los “países poco desarrollados”, definen tres grandes tipos de transición demográfica, subdivisibles a su vez en diversos modelos específicos (Chesnais, 1986). La Argentina se caracterizó de tal suerte por un modelo no ortodoxo pero en modo alguno único, no sólo por la considerable diversidad de modelos transicionales existentes sino sobre todo porque las “heterodoxias” del caso argentino no son exclusivas y pueden ser asimilables a las de otros países de inmigración con poblamiento europeo (Canadá, Australia, Nueva Zelanda, Estados Unidos, Uruguay e Israel). En los grandes países de inmigración, la transición se caracterizó por su *corta duración*, del orden de los 75 años para Estados Unidos y Canadá, de los 90-95 años para Australia y Nueva Zelanda y de una duración intermedia entre las de América del Norte y Oceanía para el caso rioplatense (Argentina y Uruguay). Además de su duración, se observa en todos los casos un modelo análogo que “reviste el aspecto formal de una semitransición en la que no aparece más que la fase descendente” (Chesnais, 1986: 250).

La peculiaridad de este modelo transicional se explica en parte por razones demográficas vinculadas con la cuantía y la selectividad de los flujos migratorios que afectaron las estructuras por sexo y edad de la población total y los niveles observados de mortalidad y natalidad. El impacto de la inmigración ultramarina no se redujo desde luego a estos factores de estructura, ya que involucró asimismo una importante influencia socio-cultural visible en múltiples dimensiones, lo que permite interpretar al caso argentino a partir de las teorías difusionistas de la baja de la fecundidad. La “transición migratoria” de la época de la emigración de masas, que afectó tanto a los países de origen como a los de llegada, completa así los perfiles de la transición demográfica, teoría que, como señala Chesnais, se concentró de modo exclusivo en los dos parámetros de la reproducción biológica asumiendo implícitamente un modelo de población cerrada.

La última atipicidad que merece ser remarcada es que, a pesar de su carácter pionero a escala planetaria, la transición demográfica argentina no ha sido completada en su totalidad. Si se parte de la definición original –según la cual las tasas de natalidad y de mortalidad deben estabilizarse en valores bajos- es claro que, aunque reducidos, esos parámetros pueden continuar descendiendo. Ello es evidente cuando se comparan sus niveles actuales de crecimiento natural (1% en 2005-2010) con los de otros *forerunners* latinoamericanos como Cuba (0.3%) y Uruguay (0.6%) y, sobre todo, cuando se realiza una comparación intracasos entre las unidades espaciales del país tomando como referencia el promedio nacional. Así, por ejemplo, la Tasa Global de Fecundidad del año 2005 varió entre 1.68 hijos por mujer en la Ciudad Autónoma de Buenos Aires y 3.12 en la provincia de Misiones. Lo mismo ocurre con otros indicadores demográficos, como la mortalidad infantil que variaba en el 2001 entre 9.6 por mil en la Ciudad de Buenos Aires y 28.9 por mil en Formosa. Las deudas pendientes de la agenda social (alta mortalidad infantil por causas evitables, mortalidad materna por inexistencia de aborto legal y dificultades en el acceso a la anticoncepción, alta fecundidad adolescente, diferenciales sociales en la mortalidad y la fecundidad, por citar las más evidentes) apuntan en la misma dirección. Si bien la existencia de rezagos de sectores sociales en el proceso transicional constituye un rasgo común a Latinoamérica, resulta más notoria en el caso argentino por su temprano inicio del proceso transicional.

La heterogeneidad de modelos transicionales existentes a escala planetaria puede ser también detectada en el interior de cada país ya que la dinámica demográfica global no es más que la suma ponderada de dinámicas de subpoblaciones específicas. Cada unidad espacial contribuye desde luego al modelo general que definen las curvas nacionales, pero su aporte es variado pudiendo en muchos casos guardar más afinidad evolutiva con regiones socio-demográficas

de países limítrofes que con las tendencias nacionales, como bien lo ha mostrado la encuesta del *Princeton European Fertility Project* (Coale et al., 1986; Cotts Watkins, 1991) para el caso europeo y los escasos trabajos existentes para el caso argentino. Así, por ejemplo, la transición demográfica del Noroeste argentino (NOA) fue tardía (la natalidad descendió por debajo del nivel del 30 por mil más de cincuenta años después que en la Pampa Húmeda) y más cercana al perfil de otros países latinoamericanos (Bolsi et al. 2001, Boleda 1993). Lo mismo vale para las transiciones del litoral argentino y de Uruguay que conforman un modelo rioplatense que guarda más similitudes entre sí que con otras zonas de la Argentina. Punto importante a destacar, las heterogeneidades provinciales de la fecundidad y la mortalidad constituyen un rasgo estructural, es decir detectable desde 1895 hasta la actualidad.<sup>6</sup> El hecho de que ambos fenómenos hayan experimentado mejoras significativas en el largo plazo redujo los rangos de variación observados (aunque sin alterar sustancialmente el ranking entre provincias), los cuales se hallan sin embargo lejos de alcanzar la convergencia implícita en la dimensión evolutiva de la teoría de la transición.

## 2. Los efectos de la transición sobre el crecimiento demográfico

Dado que la teoría de la transición se basa en los dos parámetros del crecimiento vegetativo, la mejor forma de presentar una visión de conjunto del proceso implica considerar la evolución de este último. Como el crecimiento demográfico argentino fue acelerado de modo decisivo por la llegada masiva de inmigrantes europeos, el análisis que sigue incluye también el crecimiento ligado a la transición migratoria. El análisis conjunto de los dos *componentes* (vegetativo y migratorio) del crecimiento permite diferenciar tres etapas bien definidas y avizorar, a partir de las proyecciones de población existentes, el futuro próximo. Lamentablemente, la ausencia de series temporales para los períodos más antiguos (la natalidad y la mortalidad, antes de 1870; la migración internacional antes de 1857) y de censos periódicos hasta 1960 aplana en cierto sentido la variabilidad de los cambios ocurridos, especialmente en los períodos intercensales de más larga duración.

**Primera fase: El antiguo régimen demográfico:** durante la etapa pretransicional, la natalidad y la mortalidad fueron muy elevadas y el crecimiento de largo plazo fue contrarrestado por la influencia de crisis de mortalidad recurrentes producidas por un amplio conjunto de factores entre los que sobresalieron las epidemias (Celton 2000). El crecimiento fue extremadamente bajo o, como ocurrió hasta mediados del siglo XVII, incluso negativo pero a partir de fines del siglo XVIII la población se recuperó en términos absolutos y pasó a tener tasas de crecimiento superiores que, para mediados del siglo XIX, rondaban el 20 por mil anual. La expansión demográfica no fue lineal como lo muestra la desaceleración del crecimiento entre 1825 y 1839, a lo que no fue ajeno el contexto de guerras civiles y de desorganización nacional iniciado en la década de 1820. Además del saldo vegetativo, influyeron marginalmente los aportes migratorios externos, tanto de peninsulares como de población esclava, aspectos sobre los que no podemos detenernos aquí.

**Segunda fase: la gran expansión:** entre 1858 (censo de la Confederación Argentina) y la Crisis de 1930, el país asistió al período de mayor crecimiento de toda su historia. La pacificación –siempre relativa– y la organización del país tras la caída de Rosas en 1852; la creación paulatina de instituciones estatales; el desarrollo de la infraestructura económica; los

---

<sup>6</sup> Así lo muestra, entre otros ejemplos, la alta correlación de la fecundidad por provincias entre 1947 y 1980 (R del orden al 0.9 cualquiera sea el indicador retenido). La baja de la fecundidad respondió a un modelo de marcado carácter centrípeto con centro en la ciudad de Buenos Aires y eslabonado en dos coronas sucesivas de provincias.

avances de la alfabetización y la expansión de las exportaciones agrícola-ganaderas; entre otros factores asociados a la modernización de la estructura social y económica generaron un incremento sostenido y espectacular de la población con tasas de crecimiento medio anual iguales o superiores al treinta por mil hasta 1914 y (tras la caída del crecimiento durante la Primera Guerra Mundial) levemente inferiores a esa cifra durante el quinquenio 1925-1929. Si bien la baja paralela de la natalidad y de la mortalidad a partir de 1870 impidió la explosión demográfica característica de la fase de expansión inicial de la transición, su ausencia fue compensada por el flujo migratorio ultramarino cuya influencia difícilmente pueda ser exagerada. Durante el período 1870-1915 la Argentina recibió más de 7.000.000 de inmigrantes, provenientes en su gran mayoría del sur de Europa. Aunque el 46%<sup>7</sup> de las entradas fueron acompañadas de salidas (retornos y emigraciones hacia otros destinos), el saldo fue extremadamente positivo, sobre todo cuando se lo compara con el tamaño de la población receptora.<sup>8</sup> Este aporte exógeno resultó de excepcional importancia, tanto por su efecto directo (incremento de la población por radicación en el país), como por su efecto indirecto (conformación de nuevas parejas y hogares y aporte a la natalidad).

La disponibilidad de series estadísticas de natalidad y mortalidad a partir de la década del 70, reflejo inequívoco de la aludida expansión estatal, permite definir con mayor precisión la contribución relativa del crecimiento vegetativo y migratorio durante esta etapa. Si bien el primero se mantuvo relativamente estable (con valores que oscilaron entre el 15 y el 20 por mil), lo que explica que la curva del crecimiento total tienda a reproducir la forma de la del crecimiento migratorio, su aporte al crecimiento total fue en líneas generales muy superior al del crecimiento migratorio, con sólo tres excepciones: los quinquenios 1885-1889 y 1905-1909 (en los que el saldo migratorio neto fue superior al vegetativo), y el quinquenio 1910-1914, en que la contribución de ambos componentes fue prácticamente idéntica. La atipicidad de estos períodos, bien conocida a través de los estudios migratorios, obedeció tanto a coyunturas internacionales como domésticas (Devoto, 2003).

***Tercera fase: la desaceleración del crecimiento:*** La Primera Guerra Mundial, de modo coyuntural, y la crisis financiera internacional de 1930, de manera definitiva, pusieron fin al crecimiento demográfico basado en la llegada de aportes exógenos. Desde entonces, el país inició una larga etapa caracterizada por la reducción progresiva del crecimiento de la población en cada período intercensal (con la única excepción de un repunte durante la década que precedió al censo nacional de 1980) ya que la tasa respectiva pasó del orden del 20 por mil anual durante 1914-1947 a la mitad de ese valor durante 1991-2001, período durante el cual se alcanzaron los niveles de crecimiento de la época de la Revolución de Mayo. Lejos de constituir un retroceso, la reedición de esos valores hacia el Segundo Centenario testimonia el pasaje del régimen de equilibrio alto estacionario a bajo estacionario, descrito por la teoría de la transición demográfica. Para inicios de la década de 1990 el crecimiento natural argentino era del orden del 13 por mil, inferior al de Latinoamérica en su conjunto (19 por mil), pero considerablemente mayor que los niveles europeos (2 por mil) y norteamericanos (8 por mil en Canadá y Estados Unidos).

Esta etapa se caracteriza ante todo por el hecho de que las variaciones del crecimiento vegetativo explican prácticamente por sí solas las variaciones del crecimiento demográfico total, hecho consecuente con la reducción progresiva del aporte externo y con el perfil de la transición. El crecimiento migratorio se redujo de modo constante con valores levemente

---

<sup>7</sup> Proporción del período 1870-1929.

<sup>8</sup> Si bien recibió un flujo menos importante que los Estados Unidos, la proporción de inmigrantes en Argentina era hacia 1914 del orden del 30%, el doble que la que había en aquel país en 1910.

superiores al dos por mil hasta 1940, algo superiores al 1 por mil hasta 1970 e inferiores al dígito a partir de la década de 1980. La última oleada de inmigrantes europeos durante la segunda posguerra y el aumento de la inmigración de países limítrofes durante el primer quinquenio de la década de 1970, aunque importantes en otros aspectos, no alteraron substancialmente este panorama general de largo plazo.<sup>9</sup> Un punto de inflexión de esta evolución lo constituye la emigración de argentinos que devino importante a partir de la década del setenta y que marca el pasaje de un país de inmigración a un país expulsor de población nativa (Calvillo, 2007). En suma, la desaceleración del crecimiento demográfico de las últimas siete décadas testimonia dos procesos claramente identificables: 1) el avance de la transición demográfica, particularmente notable durante el período intercensal 1914-1947; y el fin del ciclo de la inmigración europea que redujo el aporte exógeno de la migración neta a valores poco significativos.

Fruto de las transiciones de la natalidad y la mortalidad pero también del perfil de la transición migratoria (en particular el cese de la inmigración de masas con su consecuente efecto de no renovación de efectivos jóvenes o en edades activas), la proporción de personas de 65 años y más alcanzó hacia 1970 el 7% de la población total, umbral que define desde entonces a la Argentina como un país envejecido.

***Etapa 4: ¿Hacia el fin del crecimiento?*** Las proyecciones de población realizadas tras el último censo nacional (INDEC, 2004) estimaron la población hasta el año 2015, horizonte muy cercano que contrasta con las proyecciones previas que proponían un horizonte de cincuenta años. Afortunadamente, disponemos de las estimaciones del CELADE (2007) hasta el 2050. La proyección de este organismo estimó una TGF de 2.35 hijos por mujer para el quinquenio 2000-2005 en progresiva reducción hasta el 2025-2030. A partir del lustro siguiente prevé una tasa de equilibrio de largo plazo (2030-2050) de 1.85 niños por mujer, valor medio entre una estimación “alta” de 2.35 y una “baja” de 1.35. Punto esencial, tanto la evaluación baja como la media, considerada habitualmente como más recomendable, estiman, por primera vez en una proyección, que a partir del 2030 la Argentina pasaría a estar por debajo del nivel de reemplazo. La natalidad continuará bajando hasta alcanzar el 11.9 por mil en el último quinquenio de la proyección, mientras que la mortalidad bajará hasta el 2020 para experimentar a partir de allí un leve repunte (desde 7.7 por mil en 2020-2025 a 9.3 por mil 2045-2050) producido por los cambios en la estructura de edad. El crecimiento natural – tasa de 2.5 por mil para el final de la serie- será consecuentemente bajo y no estará compensado por el crecimiento migratorio, estimado como nulo a partir de 2005. La proyección estima asimismo que la expectativa de vida al nacer continuará mejorando (hasta alcanzar los 80.7 años hacia el 2050) y que la población total será en esa fecha de 50.6 millones de habitantes. Como es habitual en las proyecciones de población, los cambios más importantes derivan de los supuestos que se adopten sobre la evolución futura de la fecundidad ya que los relativos a la mortalidad, que por definición remiten a las edades más altas, inducen menores variaciones (Rofman, 2007: 612).

Conforme a la teoría de la transición, las eventuales mejoras en políticas socio-sanitarias (sobre todo en mortalidad infantil) y el mayor acceso a la planificación familiar de los sectores sociales actualmente desfavorecidos en esos planos (o, de modo mucho más general, una más equitativa distribución del bienestar entre sectores sociales), podrían implicar mayores reducciones de la fecundidad y la natalidad y, eventualmente, acelerar el pasaje a menores niveles de reemplazo. Aunque el crecimiento de la población estará aún relativamente lejos

---

<sup>9</sup> La proporción de inmigrantes limítrofes fue menor al 3 % durante todo el período aquí analizado (Indec, 1996).

del crecimiento cero (es decir del punto en que la natalidad y la mortalidad son iguales y los saldos migratorios son nulos) y más aún del crecimiento negativo propio de la segunda transición, la desaceleración secular del crecimiento podría dar lugar, en un plazo no excesivamente lejano, a una ruptura substantiva de dicha evolución.

### **3. La transición y el crecimiento demográfico argentino en perspectiva comparada**

Conforme a lo visto hasta aquí, los *forerunners* en la transición de la fecundidad que recibieron sustanciales aportes exógenos como consecuencia de la transición migratoria europea, alcanzaron sus máximos niveles de crecimiento en épocas tempranas (Uruguay, durante la segunda mitad del siglo XIX; Argentina y Cuba durante 1900-1930). A partir de los años treinta la Argentina creció a una velocidad considerablemente menor que la de países como Brasil y México, en los que la reducción de la mortalidad y la natalidad todavía no había dado pasos decisivos. Estas evoluciones diferenciales entre los tres países más poblados de Latinoamérica se vinculan directamente con los niveles de desarrollo alcanzados por cada uno de ellos, en aspectos tales como la higiene, la alimentación y la salud pública. Conforme a sus perfiles transicionales y migratorios, los períodos de máximo crecimiento demográfico ocurrieron más tardíamente en el resto de los países, como lo ilustran los casos límite de Paraguay y Bolivia (máximos durante 1970-1980 y 1980-1990 respectivamente). Brasil y Chile ocupan posiciones intermedias (máximo durante los años 1950-1960), seguidos por México (que tuvo su máximo en la década siguiente).

Un segundo elemento a tener en cuenta es el de la duración de los períodos de alto crecimiento. Si se toma como umbral de demarcación la vigencia de tasas iguales o superiores al 25 por mil anual, se destacan claramente los casos paraguayo y mexicano que crecieron a esos ritmos durante toda la segunda mitad del siglo XX y, en menor medida, Bolivia y Brasil que lo hicieron en sólo dos de los cuatro períodos intercensales considerados. Con tales ritmos, no resulta sorprendente que América Latina fuera hacia mediados del siglo XX la región de mayor crecimiento demográfico de todo el mundo.

Las diferencias de los perfiles de transición tuvieron como efecto natural la variación de la proporción de cada país en el total de habitantes de la región. Así, la Argentina cuya población representaba el 11.5 % de la población latinoamericana en 1930, redujo su participación al 7.5% en 1990, tendencia que se profundizará durante el presente siglo (6,6% hacia el 2050). Consideraciones análogas pueden formularse para Chile, Uruguay y Cuba. Los dos gigantes demográficos del continente (Brasil y México), cuya participación se acrecentó – de modo espectacular en el segundo caso- durante la segunda mitad del siglo XX, experimentarán en cambio leves retrocesos, que no alterarán su notable peso poblacional ya que por sí solos continuarán representando la mitad (51 %) de la población de América Latina hacia el 2050. La comparación de los casos argentino y mexicano ilustra mejor que ninguna otra las notables variaciones de los stocks poblacionales durante el siglo XX: así, para 1930, la población mexicana era 1.4 veces la población argentina, factor que trepó al 2.7 hacia 1990.

### **4. Factores y prerequisites de la transición**

Como en otras latitudes, los estudios de población argentinos han acumulado mayor evidencia descriptiva que explicaciones de los fenómenos observados, las que por otra parte se han limitado a referencias muy generales a la teoría de la modernización, de la que el esquema transicional forma parte constitutiva. Por todo ello, son muchas las áreas de vacancia historiográfica de la agenda de la transición. Para avanzar en esta dirección nos adentraremos



en los prerequisites de la transición, cuyo grado de universalidad ha sido discutido por numerosos autores.<sup>10</sup>

El primer requisito de la teoría consiste, como es sabido, en la baja previa de la mortalidad, en particular la infantil, tempranamente formulada por Notestein (1945) y reconocido como tal por las síntesis posteriores (Chesnais, 1986: 11-12; 53-92; y, sobre todo, Reher, 2004: 24-27) pero discutido por muchos otros autores. Las razones de este requisito se comprenden fácilmente: la baja de la fecundidad encuentra su lógica en el control previo, aunque sea parcial, de los altos niveles de mortalidad. En el caso contrario, la población tendería a decrecer, situación hipotética que chocaría tanto con la lógica de funcionamiento de las poblaciones como con el cálculo de las familias, según el cual la reducción de la fecundidad sólo puede operarse cuando previamente se halla garantizada la sobrevivencia de los hijos.

El caso argentino ratifica en este punto a la teoría general ya que si bien la natalidad y la mortalidad bajaron simultáneamente, esa situación no permite verificar la hipótesis contraria. Sin embargo, la asociación de ambos fenómenos –clara en la evolución de las curvas nacionales de ambos indicadores- lo es menos cuando se procede a un análisis espacial. La evidencia disponible a este respecto (Somoza, 1971), aunque parcial, confirma la validez del modelo general para la primera mitad del siglo XX, observándose una fuerte correlación entre la esperanza de vida al nacimiento de 1946-1948 y la fecundidad de 1947 ( $R = -0.90$ ): conforme a lo esperado, la fecundidad es más elevada en las zonas de menor expectativa de vida. La observación precedente, sin embargo, se relativiza si se incluyen las *velocidades* de los cambios operados en la mortalidad durante el período intercensal. En efecto, las regiones retenidas experimentaron considerables avances (ganancias superiores a los 12 años) en las esperanzas de vida al nacimiento y en la tasa de mortalidad infantil entre 1913-1915 y 1946-1948 que no se tradujeron sin embargo en una baja equivalente de la fecundidad observada en el último período. Lo mismo ocurrió con la correlación entre la tasa de natalidad y la tasa de mortalidad infantil del trienio 1946-48, que muestra claramente como la asociación resulta válida para las provincias de menor natalidad pero no así para las del NOA, cuyos niveles de natalidad eran elevados en relación con sus tasas de mortalidad infantil. Más claro aún: a iguales niveles de mortalidad infantil persistían considerables diferencias en la natalidad. Las tasas brutas de mortalidad provinciales, por su parte, muestran que la mayor parte de las provincias bajaron del 15 por mil (promedio nacional tomado como referencia) ya para 1914, otras lo hicieron entre esa fecha y 1938, mientras que San Juan, Chubut y algunas provincias del NOA (Tucumán, Salta, Jujuy) lo hicieron entre 1938 y 1955. Sin embargo, muchas de las provincias que bajaron tempranamente sus niveles de mortalidad no participaron con la misma magnitud en la baja de la fecundidad que evidencian los datos del censo de 1947. En síntesis, si bien la baja previa de la mortalidad fue un prerequisite para la transición de la natalidad, no hubo mecanismos automáticos de adecuación en el corto plazo.

---

<sup>10</sup> Dejamos de lado aquí el prerequisite planteado por Chesnais –siguiendo a Coale (1973)- de que la baja de la fecundidad ocurrió en dos fases: la malthusiana (control de la nupcialidad mediante el celibato y el retraso de la edad al matrimonio); y la neomalthusiana (limitación consciente y voluntaria de los nacimientos mediante la anticoncepción). Si bien resulta discutible que lo anterior constituya un requisito (de modo evidente, su carácter binario impide su falsación) la proposición tiene la virtud de plantear el rol de la nupcialidad, otro factor no tenido en cuenta en la formulación original de la teoría y sobre el que existe menos evidencia para el caso argentino. A pesar de ello puede admitirse junto a Zavala de Cosío (1990) que los países que iniciaron su transición durante los siglos XIX y XX (en especial América Latina) no pasaron por la fase malthusiana que requiere contextos económicos, sociales y culturales mucho más restrictivos.

El segundo prerrequisito remite a la asociación del proceso transicional con la modernización. El problema que se plantea aquí no es la asociación entre ambos fenómenos sino el carácter marcadamente amplio y ambiguo del concepto de modernización. Definido la mayor parte de las veces en clave teórica, es decir como un concepto no operacionalizado, difícilmente podrían encontrarse situaciones históricas en las que la modernización no fuera un factor importante para la aparición de nuevos comportamientos sociales, lo que suma una dosis de tautología a un concepto discutible también –como ha señalado Jack Goody (2001)- por su carácter solapadamente etnocéntrico. Partiendo de estas observaciones, propusimos en un trabajo anterior (Otero, 2004)<sup>11</sup> un análisis espacial y sistémico de la transición argentina orientado a correlacionar la baja de la fecundidad con tres amplios grupos de variables (ideacionales, económicas y político-institucionales) que mostraron la inconveniencia de postular a priori la superioridad explicativa de las dimensiones culturales o de las económicas (ambas guardan una importante asociación estadística con la geografía de la fecundidad) y la necesidad de avanzar hacia modelos plurifactoriales .

De modo análogo a lo ocurrido con la baja de la mortalidad, la urbanización –variable postulada por Chesnais como indicativa del proceso de modernización- tuvo una asociación temporal evidente con la baja de la fecundidad que tiende a diluirse cuando se desciende al análisis provincial. La forma de la asociación sugiere que, al igual que la baja de la mortalidad, se trata de una condición necesaria pero no suficiente y en algunas provincias específicas ni siquiera aparece como un requisito. Fruto de este juego de simetrías imperfectas, el índice de correlación muestra tanto el sentido esperado (menor fecundidad a mayor urbanización) como un nivel de asociación intermedio (-0.69 hacia 1947).

En lo relativo a las dimensiones culturales, tanto la influencia de la inmigración europea<sup>12</sup> como el impacto de la alfabetización, en particular femenina, mostraron una alta correlación con la baja de la fecundidad (R cercano a -0.8), seguidas (con un rango algo menor de significación), por la ilegitimidad y las uniones de hecho. A diferencia del contexto europeo, la asociación con la ilegitimidad puede ser vista como un índice de integración social en la clave propuesta por William Goode (1961) ya que su geografía traduce el negativo casi exacto de esa presencia estatal. La alfabetización femenina –medida a través del umbral del 50% propuesto por E. Todd (1990) que la Argentina alcanza en torno al Centenario de la Revolución de Mayo- aparece así como un predictor estadístico de primer orden de la baja de la fecundidad, tanto en el plano temporal como espacial.

---

<sup>11</sup> El trabajo explora otras dimensiones ideacionales y normativas como la influencia del Catolicismo; de la composición socio-étnica previa a la inmigración europea, y de la secularización y la expansión del Estado.

<sup>12</sup> Otro argumento a favor de la influencia de la inmigración europea remite a la difusión de nuevas conductas en materia de mortalidad y, sobre todo, de reproducción que habrían favorecido el inicio de la transición, tesis en parte implícita en la tipología de Chesnais. Una prueba en esa dirección es que la transición de la fecundidad entre 1870 y 1915 involucró casi exclusivamente a los extranjeros de primera o segunda generación pertenecientes a las clases medias urbanas del Área Metropolitana y de la región Pampeana (Torrado, 2007: 468). Las motivaciones de movilidad social, inherentes a la lógica migratoria, jugaron probablemente un rol más activo en ese proceso que las pautas culturales de origen ya que, por regla general, la fecundidad de las europeas tuvo un carácter intermedio (más baja que la de las nativas, pero más alta que la de las regiones de origen). Una discusión de este aspecto en Otero (1996).

Las variables económicas (capacidad económica, riqueza, ahorro), por su parte, mostraron niveles de asociación similares a las culturales y el sentido previsto por la conocida “paradoja del ingreso”: baja de la fecundidad en los sectores de mejor bienestar relativo. Ello permitió definir una *racionalidad económica neomalthusiana* según la cual no es la riqueza en sí la que motiva la reducción de la fecundidad sino la existencia de amplios sectores medios –rasgo característico del caso argentino-, para los cuales los hijos constituyen un costo competitivo con otros bienes en un contexto marcado por las expectativas de movilidad social, por la inversión en educación progresivamente más costosa y por el deterioro creciente de las credenciales educativas.<sup>13</sup> Siguiendo la teoría micro-económica neo-clásica (Becker, 1960), la conducta reproductiva aparece en esos sectores como una función de utilidad entre el deseo de tener hijos y otros bienes y actividades competitivos. Dado que el “tiempo” (cuya inclusión como “costo” resulta esencial para explicar la paradoja del ingreso) y los ingresos disponibles son por definición escasos, la competencia de otros bienes y/o actividades (recreación, maximización del tiempo libre, realización personal, espacio de la vivienda, etc.) resulta crítica con los cada vez más elevados costos de manutención de los niños, lo que crea las condiciones para un cálculo consciente de las ventajas de la limitación de nacimientos. Por tal razón, las variables económicas sólo pueden ser comprendidas formando parte de estrategias orientadas por cierto tipo de valores que permiten situarlas, al menos parcialmente, dentro de las variables culturales. Estas, a su vez, se hallan claramente influenciadas por aspectos económicos de carácter estructural que desaconsejan la separación entre ambas dimensiones.

En un rango de menor significación ( $R = 0.4$ ), las proporciones de la ayuda familiar en la PEA, los establecimientos agropecuarios de pequeña extensión, la PEA agropecuaria y las tasas de jubilados y pensionados, desentrañan –más tímidamente- una segunda fuente de racionalidad promovida por las ventajas económicas y de sostén a la vejez que proporcionan los niños en aquellas regiones de menor presencia estatal y mayor ruralidad (la asociación de esta última con la fecundidad logra trepar a +0.69). Esta segunda racionalidad no constituye una explicación ad hoc sino que sugiere que la pretensión neoclásica de la maximización de beneficios siempre opera de acuerdo a valores y a disponibilidad de capitales (económicos, culturales, etc.) que son de muy diferente naturaleza según el sector social considerado. No existiría de tal suerte una baja de la fecundidad “razonable” que requiere ser explicada y una alta fecundidad “tradicional” que constituye un dato del pasado, sino que ambas testimonian formas de racionalidad, orientadas por capitales y por valores sociales y de clase diferentes. Esta segunda racionalidad permite cuestionar lo que hemos denominado las teorías ignorantistas de la alta fecundidad y el sociocentrismo de la racionalidad neoclásica abstracta. Permite también complejizar –sin invalidar- las explicaciones político-institucionales que ven a la alta fecundidad como un reflejo exclusivo de las políticas demográficas coercitivas de la limitación de nacimientos que caracterizaron históricamente a la Argentina y de las que da cuenta la distribución provincial del aborto (y de su reflejo más visible, la mortalidad materna) en tanto signo inequívoco de la fecundidad no deseada. Lamentablemente, no resulta posible determinar el peso relativo de las dos últimas formas de racionalidad evocadas (presiones económico-culturales que favorecen la elevada fecundidad; bloqueo estatal a la limitación de nacimientos) en virtud de la ausencia de datos más desagregados y del similar peso de las asociaciones obtenidas.

---

<sup>13</sup> Conviene recordar aquí las precondiciones de la baja de la fecundidad formuladas por A. Coale (1973): 1) la aceptación del cálculo consciente como modo de decisión, es decir considerar la limitación de nacimientos como algo posible; 2) la percepción de las ventajas derivadas de la fecundidad reducida; y 3) el conocimiento, disponibilidad y dominio de medios técnicos que posibilitan una contracepción eficiente. Lamentablemente, éste último aspecto –la accesibilidad a la anticoncepción- ha terminado siendo prioritario en muchos estudios sobre el tema.

Con características e intensidades peculiares en cada caso, las tres formas de racionalidad apuntan a un factor fundamental del proceso transicional –el Estado- cuya importancia, como bien ha destacado Chesnais, no siempre ha sido tenida debidamente en cuenta. La acción del Estado fue decisiva, en primer lugar, en la baja de la mortalidad y a través de ella sentó los prerequisites que hicieron racional la limitación de nacimientos. Análogamente, las geografías de la ilegitimidad y del desarrollo económico en sus diversas variantes, traducen, en otras claves, el complejo mapa de la presencia estatal, del mismo modo que la racionalidad político-institucional y la cartografía de la cobertura jubilatoria representan, por omisión, su negativo. Más directamente aún, el Estado fue el actor casi excluyente del formidable proceso de alfabetización y el promotor esencial de la inmigración de masas, tanto a partir de políticas de población explícitas bien conocidas como a través de las políticas económicas y de infraestructura que determinaron su radicación en la expansiva región centro-litoral y generaron un desequilibrio estructural de indefinible duración.

La importancia acordada a la acción estatal permite comprender mejor tres hechos claves de la transición argentina: a) la diferenciación progresiva del caso argentino de otros países de la región a partir del último cuarto del siglo XIX; b) la progresiva reducción de las diferencias intra-estatales, y c) la inconveniencia de comprender la dinámica demográfica solamente a partir de las políticas de población explícitas. Centradas por definición en los fenómenos demográficos básicos estas políticas tuvieron un efecto parcial en la dinámica demográfica en relación con el más decisivo efecto que jugaron las políticas demográficas implícitas (vasto conjunto que incluye a la casi totalidad del resto de las políticas estatales). Por ello, el natalismo dominante de las sucesivas políticas demográficas argentinas, no sólo ha ido a contramano de la voluntad de amplísimos sectores de la población, como bien ha señalado Susana Torrado (1994), sino también de las propias políticas estatales que, desde finales del siglo XIX, contribuyeron a la modernización económica y cultural del país y sentaron las bases de la transición demográfica argentina.

En suma, la modernización constituye un elemento predictor de innegable importancia para explicar la transición demográfica a condición de operacionalizar convenientemente el peso explicativo de las múltiples dimensiones que la componen y de proceder a un análisis espacial que vaya más allá de las curvas nacionales.

## **Bibliografía:**

- BECKER, G. (1960): "An economic analysis of fertility", en National Bureau of Economic Research, **Demographic and Economic Change in Developed Countries**, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- BOLEDA, M. (1993): **La población del noroeste argentino. Historia y actualidad**, Buenos Aires, Legasa-Gredes.
- BOLSI, A.; ORTIZ DE D'ARTERIO, P. (2001): **Población y azúcar en el Noroeste argentino. Mortalidad infantil y transición demográfica durante el siglo XX**, Instituto de Estudios Geográficos, Universidad Nacional de Tucumán.
- CALDWELL, J (1982): **The Theory of Fertility Decline**, New York, Academic Press.
- CALVELO, L. (2007): "La emigración en Argentina: 1960-2000" en Susana Torrado (comp.), **Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX**, Serie Estudios del Bicentenario, Buenos Aires, Ed. EDHASA, Tomo I, p. 601-635.
- CELADE (2007): "Proyección de Población, América Latina y el Caribe", **Observatorio Demográfico**, nº 3.
- CELTON, D. (2000): "La población. Desarrollo y características demográficas", en **Nueva Historia de la Nación Argentina**, Buenos Aires, Planeta, Tomo 4.
- CHESNAIS, J. C. (1986): **La transition démographique. Etapes, formes, implications économiques. Etude des séries temporelles (1720-1984) relatives a 67 pays**, Paris, Ined, Puf.
- CLELAND, J. (2001): "The effects of improved survival on fertility : a reassessment", en R.A. Bulatao, J.B. Casterline (eds), **Global Fertility Transition**, a Supplement to vol. 27 (2001) of **Population and Development Review**, , Population Council, New York, p. 60-92.
- COALE, A. (1973): **The Demographic Transition**, International Population Conference, Liège, IUSSP.
- COALE, A; COTTS WATKINS, S. (ed.) (1986): **The Decline of Fertility in Europa: The Revised Proceedings of a Conference on the Princeton European Fertility Project**, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- COTTS WATKINS, S. (1991):**From Provinces into Nations. Demographic Integration in Western Europe, 1870-1960**, Princeton, New Jersey, Princeton University Press.
- DEVOTO, F. (2003): **Historia de la inmigración en la Argentina**, Sudamericana, Buenos Aires.
- GOODE, W. (1961): "Illegitimacy, Anomie, and Cultural Penetration", **American Sociological Review**, Vol. 26, nº. 6, dec.
- GOODY, J. (2001): **La familia europea**, Barcelona, Crítica
- INDEC (1996): **La población no nativa de la Argentina, 1869-1991**, Buenos Aires, Indec, Serie Análisis Demográfico nº 6.
- INDEC-CELADE (2004): **Estimaciones y proyecciones de población. Total del país, 1950-2015**, Serie Análisis Demográfico nº 30, Indec, Buenos Aires.
- KIRK (1998/1999): "Teoría de la transición demográfica", **Población y Sociedad**, Tucumán.

- MASSE, G. (2001): "La población", en **Nueva Historia de la Nación Argentina**, Buenos Aires, Planeta, Tomo 7.
- NOTESTEIN, F. (1945): "Population: the long view", en T Schultz (ed.): **Food for the World**, 36-57.
- OTERO, H. (1996): "Fécondité des immigrants en Argentine. Les Français de Tandil, 1860-1914", en **Annales de Démographie Historique**, SDH-EHESS, Paris, p. 337-358.
- OTERO, H. (2004): "La transición demográfica argentina revisitada. Una perspectiva espacial de las explicaciones ideacionales, económicas y político-institucionales", en Hernán Otero (Director) (2004): **El mosaico argentino. Modelos y representaciones del espacio y de la población, 1850-1991**, Siglo XXI de Argentina Editores, Buenos Aires.
- PANTELIDES, E. (1979): **Evolución de la fecundidad en la Argentina**, Buenos Aires, CENEP.
- PANTELIDES, E. (1982, a): "La transición demográfica en Argentina: un modelo no ortodoxo", **Desarrollo Económico**, N° 88.
- PANTELIDES, E. (1982, b): **Las mujeres de alta fecundidad en la Argentina. Pasado y futuro**, Buenos Aires, CENEP.
- PANTELIDES, E. (1989): **La fecundidad argentina desde mediados del siglo XX**, CENEP.
- PANTELIDES, A. (1997): "Diferenciales de fecundidad en la transición demográfica", en OTERO, H.; VELAZQUEZ, G.: **Poblaciones Argentinas. Estudios de Demografía diferencial**, Tandil, CIG-IEHS.
- RECCHINI DE LATTES, Z.; LATTES, A. (comp.) (1975): **La población de la Argentina**, Buenos Aires, CICRED, INDEC.
- REHER, D. S (2004): "The Demographic Transition Revisited as a Global Process", **Population, Space and Place**, 10, p. 19-41.
- ROFMAN, R. (2007): "Perspectivas de población en el siglo XXI: los segundos doscientos años", en Susana Torrado (comp.): **Población y bienestar en la Argentina del primero al segundo Centenario. Una historia social del siglo XX**, Serie Estudios del Bicentenario, Buenos Aires, Ed. EDHASA, Tomo II.
- SOMOZA, J. L. (1971): **La mortalidad en la Argentina entre 1869 y 1960**, ITDT-CELADE, Editorial del Instituto.
- TODD, E. (1990): **L'invention de l'Europe**, Paris, Seuil.
- TORRADO, S. (1993): **Procreación en la Argentina. Hechos e ideas**, Buenos, Ediciones de la Flor.
- TORRADO, S. (2003): **Historia de la familia en la Argentina moderna (1870-2000)**, Buenos Aires, Ediciones de la Flor.
- VAN DE KAA, D.J. (1987): "Europe's second demographic transition", **Population Bulletin**, 42 (1), Population Reference Bureau, Washington, DC.
- ZAVALA DE COSIO, M. (1990): "La transición demográfica en América Latina y en Europa", en IUSSP, **Actas del Seminario sobre transición de la fecundidad en América Latina**, Buenos Aires.